

esto, ¿no lloras tus pecados? ¿No propones evitarlos en adelante? ¿No tratarás de hacer penitencia? Mira lo que en vista de esto has de proponer, y, conociendo tu miseria, pide auxilio al Señor para cumplir tus propósitos, pide por los pecadores y por todo el mundo.

#### 4.<sup>a</sup>—CASTIGO DE LOS PECADOS.

PRELUDIO 1.<sup>o</sup> Representate á Lucifer y á sus ángeles cayendo del cielo, y abrasándose rabiosos en ardientes llamas.

PRELUDIO 2.<sup>o</sup> Pide la gracia de conocer los castigos que ha merecido el pecado y temor vivo de cometerle.

**Punto 1.<sup>o</sup> Pecado y castigo de los ángeles.**—Considera cómo los ángeles fueron criados por Dios en el cielo empíreo, llenos de sabiduría y gracia; pero usando mal, algunos de ellos, de su libre albedrío, se ensoberbecieron contra su Criador, por lo cual fueron echados del cielo, y arrojados en el infierno<sup>1</sup>. Sobre esta verdad has de ponderar cuán generoso fué Dios con los ángeles, á quienes crió á su imagen y semejanza, y adornó con nueve preciosísimas piedras<sup>2</sup>; porque les hizo purós espíritus, sin mezcla de cuerpos, inmortales, intelectuales, libres, sabios, poderosos, santos, moradores del paraíso, y capaces de verle claramente en la gloria. ¡Qué riqueza! Mira luego cuán ingratos fueron algunos de ellos contra Dios, envaneciéndose con estos dones, y haciendo de ellos armas contra quien se los dió, no dándole la reverencia ú obediencia que debían darle con humildad, empleando su libertad y fuerzas en ofender á quien por tantos títulos debieran servir. Pondera, por fin, cuán terrible se mostró Dios en castigarles luego, sin darles lugar de penitencia, privándolos por aquel solo pecado de los dones de gracia que les había concedido, y arrojándolos como rayos desde el cielo á los fuegos eternos del infierno<sup>3</sup>, sin tener respeto ni á la hermosura de su naturaleza, ni á la grandeza de su estado, ni á que eran criaturas suyas hechas á su imagen y semejanza, ni á que eran muy sabios, ni á que habían sido sus amigos; porque un solo pecado mortal basta para obscurecer todo esto, y es digno de tan terrible castigo. Vuelve ahora sobre ti mismo los ojos, y mira cuán generoso ha sido Dios contigo, y cuán ingrato tú con Él; si Él te hubiese tratado con el rigor que á sus ángeles, mil veces habrías caído en los horrores infernales. ¡Oh Dios de las venganzas! ¿Por qué habéis usado conmigo de tanta misericordia? ¿Cómo habéis sufrido por tanto tiempo mis enormes ingra-

<sup>1</sup> Isai., xiv, 15: II Petr., II, 4: Apoc., XII, 9. — <sup>2</sup> Ezech., xxvii, 13.

<sup>3</sup> Luc., x, 18.

titudes? Ya no quiero llamarme Dios de las venganzas, sino Padre de las misericordias, pidiéndoos humildemente que continuéis teniéndola de mí, perdonando mis pecados, y librándome del infierno que he merecido por ellos. ¿Reconocemos la ingratitud que hemos tenido con Dios? ¿Le serviremos en adelante con mayor fidelidad?

**Punto 2.<sup>o</sup> Pecado y castigo de los primeros padres.**—En este punto has de considerar el pecado de Adán y Eva<sup>1</sup>, y el castigo que por él les fué impuesto á ellos y á todos sus descendientes. Pondera primeramente la infinita largueza de Dios en llenar de beneficios á nuestros primeros padres, porque, no sólo los crió á su imagen y semejanza, y los adornó de su divina gracia, comunicándoles la integridad de la naturaleza, sino que crió para ellos un amenísimo jardín lleno de belleza y de suavísimos frutos, dió el ser á innumerables vivientes que les sirviesen, alegrasen y ayudasen, y puso todas las cosas visibles bajo su imperio. ¡Qué bondad! Con todo, Adán y Eva fueron tan ingratos con su Bienhechor, que, con no haberles impuesto más que un precepto, éste quebrantaron; porque, seducida Eva por el demonio, que se le presentó en figura de una astuta serpiente, comió de la fruta vedada, y la alargó á Adán, quien, por no disgustarla, también comió, injuriando con esto á su Criador, y haciéndose merecedores de la muerte y de todos los demás castigos, incluso el infierno. Pondera luego la severidad y rigor con que fueron castigados por Dios; porque al momento que pecaron se les presentó, y después de haberles severamente reconvenido, echólos del paraíso, quitóles la justicia original, sujetólos á todas las enfermedades y á la muerte; y en estos espantosos males incurrimos todos sus hijos, naciendo hijos de ira<sup>2</sup> y sujetos á innumerables miserias. Reflexiona que si por un solo pecado, cometido en un instante, por instigación del demonio, tus primeros padres fueron tan terriblemente castigados por un Dios infinitamente justo, sabio y santo, ¿qué merecerás tú, que has cometido tantos, y con tanta deliberación y por pura malicia? ¡Oh Rey de las gentes<sup>3</sup>! ¿quién no os temerá, contemplando y experimentando vuestro espantoso rigor? ¡Oh pecado, cuán pesado y dañoso eres para mí<sup>4</sup>! Tú me quitas la gracia, me robas las virtudes, me echas del paraíso, me condenas á muerte eterna, turbas el reino de mi alma llenándole de innumerables miserias. ¡Oh alma! ¿osarás todavía cometer el pecado? ¿Serás ingrata con Dios?

**Punto 3.<sup>o</sup> Castigo de algunos que se han condenado por un solo pecado.**—En este punto has de bajar con la consideración al infierno, en donde encontrarás algunas almas que están allí ardiendo por un solo pecado: unas por un perjurio, otras por un pensamiento deshonesto consentido, y otras por otro de

<sup>1</sup> Genes, II, 6. — <sup>2</sup> Ephes. II, 3. — <sup>3</sup> Jerem., x, 7. — <sup>4</sup> Psalm. xxvii, 5.

palabra ú obra. Pondera cómo estos infelices condenados eran hombres como tú, y muchos de ellos cristianos como tú, y gozaron de los mismos Sacramentos y sacrificios, y de los sermones y libros sagrados de que tú gozas, y quizá en algún tiempo fueron santos, ó muy mejores que tú, y privaron mucho con Dios. Pero descuidáronse poco á poco, y vinieron á caer en aquel pecado mortal, y por justos juicios de Dios les cogió la muerte en él, y fueron condenados por él justísimamente; porque, como dice Santiago <sup>1</sup>, quien cae en un solo pecado, quebrantando un mandamiento, es deudor de todas las penas eternas en su especie, como quien quebranta muchos, porque ofende á Dios de infinita majestad, que los mandó guardar todos. Haz aquí comparación de este pecado á los muchos en que tú has caído, y mira con cuánta razón merecías estar en el infierno, como estos desgraciados, y cuánto debes á Dios que no ha querido condenarte; porque si á uno de estos desdichados le sacase del lugar de tormento, no le haría mayor merced de la que te ha hecho á ti, preservándote de caer en él; como no es menor el favor que se hace al que se preserva de una caída, que al que levantan después de caído. Pues ¿qué le das al Señor por tan extraordinario favor? ¿Cómo correspondeste á tamaño beneficio? ¡Oh Dios mío! ¿Qué os movió á esperarme tanto tiempo á que hiciera penitencia? ¿Por qué no me arrojásteis en los infiernos, como á tantos desdichados que están por menos pecados que los míos? Confieso que merecía estar con ellos; mas, pues Vuestra Majestad me ha esperado con tanta misericordia, yo propongo con vuestra gracia hacer muy entera y verdadera penitencia. ¿Son estas nuestras resoluciones? ¿Cómo hemos de cumplirlas?

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuán espantosos son los juicios de Dios, y cuán terrible su severidad en castigar el pecado! Los ángeles, criaturas nobilísimas, riquísimas, sapientísimas, príncipes de su corte soberana, caen en un pecado de pensamiento ó deseo, y al instante el Señor de la majestad los mira indignado y fulmina contra ellos el más pavoroso castigo. Privalos de todo lo sobrenatural que tenían, aféales lo natural que conservan, y del cielo empíreo son precipitados en espantoso desorden al profundo del infierno. ¡Qué horror! Los dos primeros personajes que poblaron la tierra, Adán y Eva, han recibido también de su Criador señalados favores y gracias en lo natural y en lo sobrenatural, en el cuerpo y en el alma. Mas ellos, ingratos, no cumplen el único precepto negativo que Dios les ha impuesto; comen la fruta vedada, sucumben á las tentaciones del demonio, y el Señor de los cielos visítalos airado, arrójalos del paraíso, y ellos y sus hijos quedan para siempre privados de la integridad natural y original justicia de que hubieran disfrutado. ¡Cuántos males

<sup>1</sup> Jac., II, 10.

afligen á la humanidad! ¡Cuántos pecados se cometen diariamente! ¡Cuántas miserables almas caen de continuo en el infierno! Originalmente todo procede de este pecado. Y ¿no temeremos la culpa? ¿No huiremos del pecado? ¿Qué hemos hecho hasta hoy? ¿En qué pecados hemos caído con más frecuencia? ¿Qué nos conviene resolver para evitarlos? Examinémoslo; propongamos, pidamos auxilio al Señor, y roguémosle por la santa Iglesia, por la conversión de los pecadores y demás asuntos encomendados.

### 5.<sup>a</sup>—MUERTE: SUS PROPIEDADES Y CONSECUENCIAS.

PRELUDIO 1.<sup>o</sup> Representate en el mismo instante de la muerte, como si estuvieras tendido en el lecho, sin poder apenas respirar, faltándote ya la luz de los ojos.

PRELUDIO 2.<sup>o</sup> Pide la gracia de conocer lo que te sucederá en la muerte, y de prepararte para ella.

**Punto 1.<sup>o</sup> Propiedades de la muerte.**—Considera cómo la primera propiedad de la muerte es su certeza indubitable, acercándote cada día y cada momento á ella, aunque no te acuerdes; y no podrás escapar de la misma en el tiempo que el Señor ha determinado <sup>1</sup>. Porque Dios, desde la eternidad, tiene contados los años de tu vida, y señalado el mes <sup>2</sup>, día y hora en que has de morir; y terminado el plazo, nada será bastante poderoso para impedirla, ni los más afamados médicos, ni las más exquisitas medicinas. Sí, morirás; seguirás el camino que han seguido todos los hombres que han existido hasta hoy, incluso el mismo Jesucristo; y todos los días que vives te son dados por Dios graciosamente, de limosna; por lo cual debes emplearlos todos en servir á tan generoso Señor. La segunda propiedad de la muerte, es ser incierta en cuanto al día, lugar y modo; porque no puedes saber sin revelación de Dios el día ni la hora en que has de morir <sup>3</sup>, ni el lugar, ni la ocasión ó coyuntura en que te cogerá la muerte, ni el modo como has de morir, si de muerte natural, lleno de días, ó de muerte prematura, violenta ó repentina, por fuego ó agua, á manos de hombres ó de fieras, ó de un rayo, ó caída, ó de una teja que venga de algún tejado sobre ti. Lo único que sabes es, que será cuando menos pienses y más descuidado estés. ¡Cuánto te importa vivir siempre alerta, esperando la llegada del Esposo para entrar con Él en las bodas! Pondera la tercera propiedad de la muerte, que es ser una sola. Decreto es de Dios, dice san Pablo <sup>4</sup>, que los hombres mueran una sola vez. De donde se sigue que el daño y yerro de la mala muerte, con ser el sumo de todos, es irremediable por toda la eternidad; así como el acierto de la buena muerte es perdurable para siempre,

<sup>1</sup> Hebr., ix, 27. — Psalm. xxxviii, 6. — <sup>3</sup> Matth., xxiv, 42. — <sup>4</sup> Hebr., ix, 27.

cumpléndose entonces lo que dice el Sabio<sup>1</sup>: Dondequiera que cayere el árbol al ser cortado, al Septentrión ó al Mediodía, allí se quedará para siempre jamás. ¡Oh temeridad espantosa! Si es cierto que he de morir, si no tengo un solo día seguro, y si una sola vez lo he de hacer, ¿cómo se comprende que sea yo tan insensato, que viva como si esto fuera una falsedad? ¡Oh Dios de mi alma! Justo sois, y recto vuestro juicio; disponed cuando queráis de mi vida, puesto que bien merezco perderla, habiendo abusado tantas veces de ella para ofenderos. ¿Hemos meditado las propiedades de la muerte? ¿Estamos convencidos de ellas? ¿Cómo, pues, no nos preparamos para este lance horrible?

**Punto 2.º** *Causas de aflicción en la hora de la muerte.* — En este punto has de considerar las cosas que en la muerte afligirán y angustiarán tu alma. Primeramente la afligirá en gran manera la memoria de los pecados pasados, de todas las libertades, carnalidades, venganzas, odios y codicias, los cuales, á modo de un ejército, como de toros, tigres, leones y otras fieras, te despedazarán el corazón<sup>2</sup>. Allí verás las tibiezas en el servicio de Dios, las negligencias y omisiones en el cumplimiento de tus deberes, el tiempo mal empleado, los Sacramentos que podías haber frecuentado, los sermones que podías haber oído, las limosnas que pudiste hacer, las mortificaciones que pudiste practicar, las inspiraciones á que resististe. Querrías entonces suplir tu abandono; pero oirás la voz que te dice: «No hay más tiempo». ¡Oh desengaño cruel! ¿Quién será tan loco que no abra los ojos pensando en ti? En segundo lugar, afligirá y turbará tu alma la vista de todas las cosas presentes que ha de abandonar. Pondera lo que sentirá al ver que se ha de apartar de todas las riquezas, dignidades, oficios, regalos y posesiones, muchas de ellas tal vez mal adquiridas. De los padres, hermanos, parientes, amigos, cómplices de los pecados y demás seres á quienes había amado con desorden. De su cuerpo y de todos los bienes que por él disfruta. ¡Oh separación dolorosa, cómo amargas al corazón del moribundo! Lo tercero, afligirá tu alma el temor de la cuenta que has de dar y el resultado de ella; el mal que temes es el mayor, el supremo que se puede temer; la sentencia que te van á dar es definitiva é irrevocable, y la causa es muy dudosa, porque te consta del pecado y no de la penitencia. ¡Oh Padre misericordiosísimo! Por la angustia y aflicción que en vuestra muerte sentisteis, os pido no me desamparéis en la mía; mis iniquidades pesan sobre mí como una carga enorme, y apenas me atrevo á levantar la cabeza; si miro al tiempo pasado, me veo árbol sin fruto; si al presente, monstruo de ingratitud; si á lo venidero, tizón del infierno. ¡Oh Jesús! Sed para mí Jesús, salvándome en tan grande apuro y librándome del infierno. ¿Reflexionamos bien

<sup>1</sup> Eccles., xi, 3. — <sup>2</sup> Psalm. xxi, 13. — <sup>3</sup> Apoc., x, 6.

acerca de lo que nos ha de pasar en la muerte? ¿Qué sería de nosotros, si ahora nos asaltase? ¿Qué quisiéramos haber hecho?

**Punto 3.º** *Estado del cuerpo después de la muerte.*—Considera cuál quedará tu cuerpo después de la muerte. Su estado no podrá ser más triste. Perdido para siempre el uso de los sentidos, jamás podrá ver, oír, oler, gustar, ni menearse de un lado, ni gozar de los bienes del mundo. Las cosas hermosas, las músicas suaves, los manjares delicados, los vestidos blandos, son para él como si no fuesen. Su figura será horrible, causando horror y espanto á los que le miren; descolorido, desfigurado, feo, yerto, helado y hediondo, caminando con gran prisa á la descomposición y corrupción. En él se cumplirá lo que dijo David<sup>1</sup>: «Los que me miraban, huyeron de mí y olvidáronme de corazón». Pondera el vestido, cama y aposento que le aparejarán. Una sencilla mortaja de lo más pobre y vil de toda la casa será su vestido. La cama será la dura tierra, los colchones serán la polilla, los cobertores los gusanos<sup>2</sup>, las cortinas y almohadas los huesos de otros muertos. El aposento será una estrecha huesa de siete pies de largo, que se fabrica en media hora; porque las demás fábricas suntuosas de los sepulcros de nada sirven al triste cuerpo, ni es capaz de gozar de ellas. ¡En esto han de parar los vestidos pomposos, las camas regaladas y los suntuosos palacios! Mira, finalmente, la jornada que tu cuerpo hará hasta la sepultura; cerrado dentro de un ataúd para no apestar con su hediondez, irá por las calles en pies ajenos el que poco antes paseaba orgulloso mirando á todas partes; de los pocos que le acompañen, unos llorarán, otros cantarán, todos escarmentarán en su desgracia y se lamentarán de su suerte. Cuanto antes lo encerrarán en la sepultura, para que los gusanos se ceban en él y lo destrocen. ¡Oh cuerpo mío! Este es el desgraciado fin que has de tener. ¿De qué te aprovecharán entonces aquellos gustos que ahora con tanto ardor apeteces? ¿Qué pena te causarán las penitencias y mortificaciones que tanto aborreces? ¡Oh alma! Abre ahora los ojos, ya que el Señor te da tiempo; comienza á practicar aquello que entonces quisieras haber hecho; huye de aquellos gustos y placeres que en aquel día te habrían de afligir. ¿Qué debes resolver para esto?

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh muerte! ¡Cuán sabio y prudente es tu consejo! ¡Dichoso aquel que en todas sus dudas é incertidumbres procura consultarte! Certísimo es que moriremos; ninguna persona de sano juicio puede pensar otra cosa. Nada tan incierto como el lugar, la hora, el modo y las circunstancias de la muerte; en cualquier lugar, y del modo menos imaginado, y en el tiempo menos pensado, puede venir. Y, con todo, es una sola, y si se da este paso en falso, el daño es irreme-

<sup>1</sup> Psalm. xxx, 12. — <sup>2</sup> Isai., xiv, 11.

diable. ¿Es posible que no nos preparemos para él? ¡Qué apuros para el hombre moribundo, que se halla en el perfecto uso de sus potencias y sentidos! Mira lo pasado, y se estremece, viendo que no ha hecho sino pecar y abusar de la bondad divina; contempla lo presente, y se horroriza de la separación amarga que le espera; fija su mirada en lo porvenir, y sólo ve obscuridad, tinieblas palpables, temores horribles. Y si se acuerda de su propio cuerpo, y lo contempla del modo que ha de quedar dentro de poco, el vestido que le han de poner, la cama y aposento en que le han de colocar, ¡qué dolor! ¡qué amargura! ¡qué aflicción! Y nosotros, ¿qué pensamos de todo esto? ¿Quisiéramos que la muerte nos hallase del modo que estamos? Pues ¿qué debemos resolver para nuestro bien? ¿Qué propósitos hemos de hacer ó renovar? Hora es ya que pensemos en lo que más nos importa, y pidiendo gracia y auxilio al Señor para cumplir nuestras resoluciones, roguemos también con fervor por los agonizantes y por las demás necesidades.

#### 6.<sup>a</sup>—JUICIO PARTICULAR.

PRELUDIO 1.<sup>o</sup> Representémonos á Jesucristo dictando la sentencia que hemos merecido.  
PRELUDIO 2.<sup>o</sup> Pidamos la gracia de conocer la terribilidad del juicio, y prepararnos para él.

**Punto 1.<sup>o</sup>** *Personas que asisten al juicio particular.*—  
En el mismo punto que el alma se separa del cuerpo, es presentada ante el tribunal de Jesucristo para recibir de este Soberano Juez el premio ó castigo merecido por sus obras. Sobre esta verdad de fe has de considerar las personas que á este juicio concurren, y los semblantes con que se presenta cada una. La primera es el alma que ha de ser juzgada, la cual estará sola, desnuda de su cuerpo y de todas las cosas visibles, vestida solamente de sus obras; y aunque en la muerte estuviere rodeada de muchos deudos y amigos, ahora ninguno la puede acompañar; y así, tan sola va el alma del rey como la del vasallo, la del rico como la del pobre, la del sabio como la del idiota. Á los dos lados del alma estarán <sup>1</sup> el Ángel de la guarda y el demonio con diferentes semblantes, según lo que barruntan ha de suceder; á los malos acompañará el demonio con aspecto alegre y satisfecho, estando con grande orgullo á su derecha, mientras que el Ángel custodio estará á la izquierda con triste semblante, por la desgracia eterna en que van á caer; y al contrario será en los buenos. La cuarta persona es el Juez, que es el mismo Dios, el cual ha de hacer este juicio invisiblemente, aunque dará señales de su presencia, imprimiendo terrible miedo y horror en el malo, y

<sup>1</sup> II Cor., v, 10. — <sup>2</sup> Zach., iii, 1: Psalm. cviii, 6: S. Gregor.

paz y consuelo en el bueno. Este Juez es tan sabio, que no puede engañarse; tan bueno, que no puede torcer la justicia; tan poderoso, que ninguno puede resistir á su sentencia; y como es Supremo, no hay lugar á apelación ni suplicación; y su sentencia es siempre definitiva é irrevocable. Imagínate, pues, que te hallas ya en este temible tribunal, considerándote unas veces como criminal, temblando delante del Juez indignado, y viendo al demonio gozoso á tu derecha, y al Ángel triste á tu izquierda, y despierta en ti afectos de temor; otras avivarás la confianza imaginándote como justo que vas á recibir una sentencia favorable. ¡Oh justísimo Juez y misericordiosísimo Padre! Confieso que por mis pecados he merecido vuestra indignación, y que podiais mil veces fulminar contra mí sentencia de muerte eterna; mas vuestra misericordia ha detenido el brazo de vuestra justicia, para que no descargase sobre mi alma; continuad favoreciéndome; lavadme de mis pecados, que detesto de veras, á fin de que en mi muerte, vuestra misericordia me reciba y vuestra justicia me corone. ¿No tememos los rigores del divino juicio? ¿No procuraremos prepararnos para él?

**Punto 2.<sup>o</sup>** *Acusadores que hay en el juicio particular.*—  
Considera cuáles serán los acusadores que se presentarán en el juicio particular para acusar á la pobre alma delante del Juez. El primero será el demonio, cuyo oficio es acusar á los hombres <sup>1</sup> delante de Dios, para que el Señor aparte de ellos su misericordia infinita; mas en este juicio, como verá que tiene poco tiempo, procurará con mayor odio y rabia encarecer las acusaciones, y fingirá otras falsas, por las sospechas que tenía; recordará las tentaciones que él presentó, á las cuales consintió el alma; las intenciones que abrigó, las palabras que dijo el desgraciado reo. ¡Ay de nosotros, si no somos fieles y constantes en resistir al demonio! El segundo acusador será la propia conciencia de cada uno, la cual también será testigo y valdrá por mil, porque sus pensamientos darán latidos contra nosotros; y ellos, como dice el Apóstol <sup>2</sup>, nos han de acusar ó defender en aquella hora. El tercero es el mismo Ángel de la guarda, el cual será también testigo de mayor excepción, descubriendo las rebeldías que tuvimos á sus inspiraciones y el menosprecio que hicimos de los avisos interiores con que pretendía apartarnos del pecado. Pondera particularmente el examen minucioso y exactísimo que hará el Supremo Juez de todos los pecados de pensamiento, palabra y obra, de acción y omisión, sin que nada quede oculto, ni olvidado; ni disimulado; patentizando al alma los beneficios que la hizo, los Sacramentos que puso en sus manos, la sangre que derramó, las inspiraciones que le comunicó. Allí juzgará á las mismas justicias <sup>3</sup> y obras buenas, en las cuales hallará grandes

<sup>1</sup> Apoc., xii, 10. — <sup>2</sup> Rom., ii, 15. — <sup>3</sup> Psalm. lxxiv, 3.

defectos, que nosotros desconocimos. ¡Oh qué afligida estará nuestra pobre alma con tan estrecho y riguroso examen! ¡Oh Dios eterno! No entréis en juicio con vuestro siervo; porque ninguno de los que viven será en vuestra presencia justificado. Descubridme ahora mis pecados, ilustrad mi entendimiento, á fin de que vea mis iniquidades y las llore con dolor, para que en aquel día temible pueda estar con grande confianza en vuestra soberana presencia. ¿Deseamos no temer la acusación y examen del juicio? ¿Cómo nos portamos en las tentaciones del enemigo, y cómo nos examinamos?

**Punto 3.º Sentencia del Juez.**—Considera en este punto la diversa sentencia y suerte de los malos y de los buenos en este juicio. Porque el alma del malo será en aquel instante privada y despojada de las gracias y dones sobrenaturales que le habían quedado después del pecado. La desnudarán y privarán de la lumbre de la fe, de la cual abusó torpemente; de la virtud de la esperanza, de la cual no quiso aprovecharse para aborrecer al mundo y buscar la gloria; de las gracias *gratis datas* que le habían concedido para bien de sus prójimos, y que no quiso utilizar en su propio bien; de las virtudes morales que le habían sido infundidas ó que él había ganado en vida. ¡Oh desnudez vergonzosa y terrible! Estando así desnudo y afrentado delante del soberano Juez, Éste pronunciará la sentencia, diciendo: «Apártate de Mí, maldito de mi Padre; al fuego eterno que está aparejado para Satanás y sus ángeles». Vete, abominable pecador, que no mereces estar en mi presencia, ni entrar en mi gloria: vete al fuego eterno que tus pecados merecen, en compañía de Satanás, á cuyo brazo infernal te relajo para que te lleve consigo. ¡Oh sentencia formidable! ¡Oh palabra durísima! ¡Oh castigo tremendo! ¿Quién no os temerá? Pondera luego la sentencia que se dará al justo, diciéndole invisiblemente el Juez con voz amorosa: «Ven, bendito de mi Padre, á recibir el reino que te tengo aparejado desde el principio del mundo»: ven, siervo bueno y fiel, alégrate; que pues fuiste fiel en pocas cosas, Yo te daré posesión de muchas. ¡Oh dicha inefable del alma afortunada que oiga esta sentencia! El demonio huirá, y tomándola los ángeles en sus brazos, la llevarán al cielo. Comparando la suerte de unos con la desgracia de otros, despierta en tu corazón vivos deseos de oír favorable sentencia, pidiéndoselo con fervor á María, Madre del Supremo Juez. ¡Oh Virgen soberana!; pues sois abogada de los pecadores, abogad por mí delante de vuestro Hijo; aplacada con vuestra intercesión su ira, alcanzándome lugar de verdadera penitencia, antes que se pase el tiempo de hacerla. ¿Qué sentencia querríamos se nos diese en el día del juicio? ¿Cómo vivimos? ¿Qué sentencia nos tocaría, si ahora muriésemos?

<sup>1</sup> Matth., xxv, 41. — <sup>2</sup> Matth., xxv, 34. — <sup>3</sup> Matth., xxv, 21, 23.

**Epílogo y coloquios.** ¡Ay del pobre pecador en la hora de la muerte! Al instante que cierre los ojos á este mundo, se hallará su alma enfrente del mismo Dios que viene á juzgarla. ¡Qué horror! Sola, desamparada, sin apoyo, sin confianza, se presentará ante aquel tribunal rectísimo, supremo, cuyo Juez ha sido siempre mirado como un enemigo. El demonio está gozoso á su derecha; y el Ángel de la guarda, con triste y macilento rostro, á su izquierda. La acusación no podrá ser ni más detallada, minuciosa y exacta, ni más comprobada; los testigos son todos de mayor excepción; entre ellos está la misma conciencia que con sus pensamientos conturba, acusa y reprende al pecador. ¡Qué desesperación, cuando se vea desnudar de todos los dones y gracias sobrenaturales que había conservado después de la culpa! ¡Qué rabia cuando oiga de los labios del Juez la sentencia formidable que le condena á perpetuo llanto, en compañía del demonio y de todos los malvados que han muerto en la obstinación! Mas, ¡dichoso mil veces el justo, que ha muerto en amistad de Dios! El Juez soberano le está esperando con rostro amable y risueño; el demonio está avergonzado á su izquierda, y el Ángel custodio, jovial y alegre, se halla á su derecha. La sentencia no puede ser más satisfactoria; como un río de paz inundará á la felicísima alma. ¿Qué suerte deseamos para nosotros? ¿Qué sentencia pretendemos oír? ¿Cómo nos disponemos para aquel trance que, sin duda, nos ha de ocurrir? Mirémoslo bien, y preparémonos con eficaces propósitos, ardientes súplicas; y extendiendo nuestra caridad, pidamos ahora mismo por todos aquellos que se hayan de presentar hoy al juicio y por las demás necesidades.

#### 7.ª—JUICIO UNIVERSAL.

PRELUDIO 1.º Después de la resurrección general, reunidos todos los hombres en el valle de Josafat, serán juzgados y sentenciados por Jesucristo.

PRELUDIO 2.º Representémonos este espantoso acontecimiento: á los pueblos reunidos, al Juez majestuoso, á los ángeles haciendo la separación, etc.

PRELUDIO 3.º Pidamos vivo temor del juicio y cuidadosa preparación para él, juzgándonos á nosotros mismos con rigor.

**Punto 1.º Preparativos del juicio universal.**—En este punto has de considerar con temblor las cosas que precederán al juicio universal. Porque, así como un reloj que se descompone, y cada una de sus ruedas se aparta de su lugar, así la máquina del universo sufrirá las convulsiones más espantosas, y todas sus partes experimentarán los efectos de la indignación divina. Se verán señales en el sol, en la luna, en los cielos y elementos, y los hombres se secarán á causa del espantoso temor que se apoderará de ellos. El Anticristo levantará la persecución más

<sup>1</sup> Luc., xxi, 26.